

bia y México para Círculo. Panero es un experto editor y uno de los mejores antólogos del mundo editorial hispano.

Lo más significativo de Juan Luis Panero es que a la hora de juzgar a la poesía su gusto y destreza personal han sido más importantes que el canon, de ahí su admiración por dos poetas que dicen poco en la poesía española, uno es el mexicano Salvador Novo (y eso que Octavio Paz se lo menospreció) y el otro es el poeta catalán Joan Vinyoli. Novo y Vinyoli son dos poetas fundamentales de la poesía iberoamericana del siglo xx y hay que alabar su buen gusto literario. Como éste es un libro «épico» nos quedamos sin una explicación convincente del amor que Juan Luis Panero sintió por Jaime Gil de Biedma y que le hubiera hecho renunciar a su heterosexualidad.

*Sin rumbo cierto* complementa su *Poesía completa (1968-1996)* y su *Los mitos y las máscaras* (1994) porque lo que predomina en las memorias es la vida intelectual de Panero. Su poesía es también muy intelectual, plena de referencias intertextuales y *Los mitos y las máscaras* recopila los artículos (mayoritariamente periodísticos) de crítica literaria, en los que ha reflexionado sobre los autores que le interesan. La autobiografía, el poemario y la colección de ensayos han terminado formando una trilogía.

En resumen, *Sin rumbo cierto*, ganador del XII Premio Comillas, es un libro importante porque es una pieza más a añadir al puzzle de la vida intelectual española de la segunda mitad del siglo xx. El lector, especialista o no, hubiera agradecido un poco más de vida, «verdad» según la definición de Leopoldo María, y menos *curriculum vitae*.

Kansas State University

SALVADOR A. OROPESA

Miguel Ángel Lozano Marco. *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España. 1898-1930*. Alicante, Universidad de Alicante, 2000, 119 pp.

En su introducción a *Imágenes del pesimismo*, Miguel Ángel Lozano Marco afirma que los primeros cinco capítulos de su estudio versan sobre tres temas que se entrelazan, a saber: el *topos* de las llamadas «ciudades muertas», la percepción de la «España negra» y la «estética de la resignación» en Azorín. Pasa a apuntar que los tres apartados restantes se centran en la obra de José Martínez Ruiz. Si bien sirve de gozne entre las cuatro exégesis iniciales y lo que viene después, el capítulo V, «Azorín. Una estética de la resignación», también indaga en la obra del escritor monovarense. Por tanto, *Imágenes del pesimismo* de veras se divide en dos partes: cuatro estudios que abarcan las obras de los belgas Georges Rodenbach y Emile Verhaeren, las de la Generación del 98, el arte de Regoyos y Solana y, finalmente, cuatro aproximaciones al vasto quehacer literario de Azorín. Para Lozano Marco, el interés y la pretensión de este

curioso libro radican en resaltar la estética simbolista presente en las artes y letras españolas de principios del siglo xx y remarcar el entroncamiento de éstas con el simbolismo francés y belga durante la misma época. Asimismo confiesa que ha compilado los ocho capítulos basándose en «algunos de los trabajos elaborados por mí a lo largo de los últimos diez años» (10). Aunque el autor declara haber intentado imprimir un cierto «diseño unificador» a su tratado, exceptuando los límites cronológicos anunciados y un hilo conductor azoriniano/noventayochista, los eslabones entre los capítulos resultan ser bastante tenues. *Imágenes del pesimismo* acusa, pues, un desperdigamiento temático que puede desconcertar al lector.

La primera mitad de *Imágenes* resulta ser la más interesante. El capítulo I, «Un *topos* simbolista: La ciudad muerta», compara y contrasta la visión de la ciudad muerta en la obra del literato belga, Georges Rodenbach, con los escenarios urbanos, la psicología de la derrota y la melancolía tan presentes en los escritos de los literatos de la Generación del 98. En el Capítulo II, «La otra intrahistoria: *España negra*, de Regoyos y Verhaeren», Lozano Marco continúa estableciendo la conexión espiritual e ideológica entre los pintores y paisajistas en prosa españoles con sus contemporáneos noreuropeos. Este apartado relata la colaboración entre el artista ibérico, Darío de Regoyos, y el pintor simbolista belga, Emile Verhaeren, en su libro *España negra*, producto de un viaje por España que los dos realizaron en 1888 y que, según Lozano Marco, es «un libro del 98 porque ése es el año de su escritura» (37). Siguen otros dos estudios sobre *La España negra* (1920) de José Gutiérrez-Solana en los que se equiparan ambas «Españas negras»: la del *tándem* belga/español y su orientación esteticista (para Verhaeren, «por lo mismo que es triste, España es hermosa» [46]) y la solanesca, que «muestra con detalle las evidencias del dolor humano» (46). El capítulo IV, «Expresionismo. Valle-Inclán y Solana», es, tal vez, el de más enjundia, ya que intenta comprobar cómo dichos creadores «quedan emparentados estéticamente cuando los críticos emplean el término 'expresionismo'» (57) para definir su obra. Ahora bien Lozano Marco acaba admitiendo que: «...ni Solana ni Valle-Inclán tenían conciencia de ser 'expresionistas'» (57). Se aprecia el denonado esfuerzo de Lozano Marco por injertar las artes españolas en las corrientes estéticas del resto de Europa y, al menos para aquél que no esté familiarizado con los artistas y el período en cuestión, sus exégesis fascinarán. No obstante, para el españolista o hispanista, *Imágenes del pesimismo* refríe más que ilumina.

Los últimos cuatro capítulos giran en torno a Azorín y sólo pueden considerarse como brevísimas calas en la ingente obra («el resultado de más de setenta años de cotidiana escritura» [103]) del escritor monavarense. En ellos, se pasa revista a toda una serie de libros y artículos de Martínez Ruiz, además de remacharse sus cualidades de ensayista y crítico literario. Se hace otro tanto con los *leitmotivs* del escritor: el paso del

tiempo, la voluntad, la resignación, etc. La pasión que siente Lozano Marco por Azorín se palpa en estos esbozos y ha de estimarse su afán de destilar la esencia del gran escritor del noventa y ocho. Pero esta misma afición junto con la brevedad de estos capítulos impiden que llegue a sondear nuevos terrenos azorinianos.

He aquí un libro magníficamente presentado, y que contiene algunas excelentes reproducciones de los cuadros de Regoyos y Solana que respaldan los juicios y las opiniones de los primeros capítulos. No obstante, las gruesas pinceladas con que Lozano Marco cubre a los artistas y escritores cuyas obras analiza generan un aire impresionista. Tal vez ésta fuera la meta de estos extractos, pero su autor habría hecho bien en seguir los pasos de su querido Azorín, es decir, centrarse en «la descripción o presentación detallada de los objetos» (110) de sus estudios.

Oregon State University

GUY H. WOOD

Pío Baroja. *Opiniones y paradojas*. Prólogo y selección de Miguel Sánchez-Ostiz. Barcelona, Tusquets, 2000, 274 pp.

De todos los puntos pendientes en la agenda de la crítica hispánica uno de los más urgentes es la reactualización de los clásicos. Esta aseveración es válida para los clásicos antiguos del pasado monumental pero lo es sobre todo para los clásicos modernos, los que, por su proximidad cronológica e intelectual, pueden dialogar con nosotros de manera más directa. Desde Galdós y Pereda a Unamuno y Ortega y Gasset, es preciso traer estas figuras emblemáticas al presente, mostrándolos no como venerables objetos sacralizados —por tanto, más allá del análisis y la crítica— sino considerando de qué modo pueden dialogar con nosotros e insertarse de manera activa en nuestro discurso intelectual. Por esa razón, un libro sobre Baroja, donde se reúnen sus puntos de vista sobre numerosos aspectos, desde el nacionalismo al cine, la religión y el arte de vanguardia, es especialmente sugestivo. Un propósito primordial de Sánchez-Ostiz, el autor de la antología, es comprobar si Baroja es «legible» todavía, si nos habla de manera genuina o si solamente es un objeto inerte de museo destinado a la observación y la contemplación. Para ello, Sánchez-Ostiz reúne un conjunto extenso de afirmaciones de Baroja en torno a temas varios. Como Baroja es un autor intelectualmente ambicioso que no vacila en expresar su punto de vista sobre todo, la antología ofrece un vasto y estimulante panorama intelectual de la primera mitad del siglo —desde el nacionalismo y el socialismo al catolicismo y el existencialismo— desde una perspectiva altamente idiosincrática y personal pero también profundamente crítica. La conclusión, después de la lectura del libro, es que Baroja sigue siendo un autor legible siempre que no sea leído de manera torpemente literal y positivista.